

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No diré que me haya sorprendido la muerte de Menéndez y Pelayo, porque, desde hacía tiempo, y por diversos conductos, me llegaban desconsoladoras noticias de la gravedad de su mal. Con todo, hay en nosotros algo que se subleva y protesta cuando desaparece, sin haber vivido lo bastante, hombre de tanta altura y representación intelectual como el autor de *La Ciencia Española*. No contaba sino cincuenta y seis años, lo cual, para un sabio y un erudito, es casi malograrse.

Cierto que deja Menéndez y Pelayo considerable cantidad de labor hecha; en la cual hay un piélago de investigaciones y de puntos de vista; y con todo eso, siempre esperábamos, dadas las condiciones que reunió y los medios de que dispuso, que nos ofreciese, no sólo la *Historia de las ideas estéticas en España*, sino la *Historia crítica de la literatura española*. Me consta que deseaba escribirla, y tal vez quiso preparar materiales, y allegar documentación, y profundizar excavaciones, antes de echar los cimientos y alzar los muros del monumento, cuya importancia y necesidad comprendía. ¿Quién sabe si contó con los veinte años que todavía, sin gran optimismo, pudiera prometerse, para coronar las glorias de su juventud con algo definitivo? ¿Quién sabe si un escrípulo exagerado le hizo aplazar lo que ya era hora oportuna de que realizase?

Marcelino murió lleno de planes, enfrascado como nunca en el estudio, devorando libros, hasta el último instante, sin preocuparse de los progresos aterradoros de su padecimiento. Y siempre le habíamos conocido así, desdeñoso de lo que afecta al cuerpo, preocupado sólo de la nueva edición descubierta, del nuevo dato inédito encontrado, de la página, de la cuartilla, de las galeradas que esperan corrección. Es seguro que, apartado de él con piadosa solicitud cuanto pudiese darle idea del fatal desenlace inminente, creyó poder aliviarse, o ni aun estimó la hipótesis. Además, declaró terminantemente que, si para sanar era preciso interrumpir sus estudios, prefería la muerte. He aquí un caso bonito de vocación, de consagración a la Quimera..., o mucho me engaño. Cada profesión tiene sus héroes, y el estudio también.

Yo conocí a Marcelino muy poco después de que su fama se extendió como un reguero de pólvora; era ya catedrático de Historia Crítica de la Literatura, habiéndose hecho una ley especial para dispensarle la edad que le faltaba; y en esto dió Cánovas del Castillo una de las más claras señales de su gran inteligencia y altura de miras. En efecto, el impedimento legal es mezquino cuando existen los merecimientos en el grado que Marcelino los demostraba.

Tenía, pues, Marcelino veinticuatro años, y venía diariamente a mi casa, a charlar de letras y a discutir, tal vez, acaloradamente, con algún otro contertulio que no pensaba como él. Por entonces, el polígrafo ilustre aun era un poco sociable, y el gran mundo le traía en palmas, sospecho que no tanto por su talento, como por su significación política. No tardó aquel insaciable afán del estudio y del trabajo en alejar a Marcelino de los salones, perdedero de tiempo y distraído peligroso para quien se ha trazado un camino arduo. Era un jovencillo demacrado, de vago mirar, que a veces se concentraba luminosamente; desaliñado en el vestir y distraído como un personaje de comedia. Sorprendía su facilidad en responder a las preguntas relacionadas con los temas de sus estudios, y se advertía en él, más que la frialdad del sabio especial, el apasionamiento del polemista. Y es que, en efecto, hasta entonces, la polémica había sido el ejercicio predilecto de Marcelino, y por la polémica había salido de la dis-

creta penumbra en que se envuelven los sabios profesionales. Aparecía Marcelino en el estadio, defendiendo y vindicando a España de infinidad de acusaciones tendenciosas, acreditadas sin examen, en fuerza de repetirse un día y otro, con diversos fines, no todos claros ni honrados, y aun debíamos decir que interesadísimos; porque España hizo, del XVI al XVIII, tanta sombra, que fué necesario, no sólo despojarla, sino deshonrarla, convertirla en objeto de oprobio y execración. Si se piensa en lo que España realizó, en la envidia y codicia excitadas por nuestras conquistas, descubrimientos y colonizaciones, nuestra hegemonía en Europa y nuestro poder en las Américas, se comprenderá la necesidad en que se vieron tantas potencias, de aniquilarnos para engrandecerse a costa nuestra, y se esclarecerá lo que de otro modo pareciera enigma insoluble: esa red de calumnias, esa cruzada de farisaicas indignaciones, esa nube de libelos, esa especie de celo ardiente, virtuoso, humanitario y cultural, que España tiene la propiedad de infundir y despertar en los historiadores. Lo que han hecho, con mayor frecuencia y empeño que nosotros, Francia, Inglaterra, Holanda, al ser obra nuestra adquiere un carácter terrible, sombrío, singular. La reforma, agravó la situación, envolviendo a España y al «papismo» en reprobación idéntica. Quien lea despacio muchos libros históricos de ese período, podrá notar, a poco que observe, la consigna tácita, sobreentendida, de presentar a España como el país más atrasado, ridículo, cruel, supersticioso y codicioso de la tierra. Se ha conseguido dejar sentado victoriosamente que nuestros aventureros fueron los únicos que emprendieron hazañas para ganar oro, como si los de otros países las hubiesen emprendido para ganar indulgencias.

En el orden intelectual, si no era posible negarnos ciertas glorias, y sobre todo el *Quijote*, se dijo que nuestro único buen libro era el que condenaba a los demás, inexactitud absurda, que pasó por rasgo de ingenio. Se alegó y pregonó que nos faltaban ciertos aspectos de la intelectualidad, y señaladamente, el filosófico. Y en esto, sin tener razón del todo, no les faltaba tampoco enteramente a nuestros detractores. La censura a la España tradicional nunca fué rechazada (a pesar de la campaña de Forner), como por Menéndez y Pelayo, que sacó a relucir argumentos de peso y noticias eruditísimas, y desplegó un brío juvenil y derramó sales y agudezas en la contienda empeñada. Tuvo además esta campaña de Marcelino significación política, por el momento en que se realizó. La revolución de Septiembre y la caída de los Borbones dieron lugar a que en España se escribiese y hablase contra la tradición, y se comentase nuestro pasado, casi siempre dentro de la negra leyenda, agravada por la ignorancia y rutina habituales. Algunos escritores, con buena intención acaso, con el deseo de que adelantásemos camino, recargaban el cuadro, y mostraban, detrás de nosotros, un erial y un desierto de barbarie y de horror, unos siglos oscuros, alumbrados sólo por las hogueras inquisitoriales. Para que entrásemos en la vida moderna, teníamos que renegar de nuestro pasado, y, sobre todo, teníamos que desfigurarlo. No hay cosa más funesta que estos casos de lo que en Francia se llama un *malentendu*. Era innegable que España había decaído; era evidente que tenía que hacer un esfuerzo para ponerse al nivel de la civilización contemporánea; nadie pudiera desconocer la honda ansiedad que existía por lograr este ventajoso cambio; las causas y remedios de nuestro mal debían estudiarse a fondo; pero no era el modo de lograrlo condenar irreflexivamente lo que fué, a su hora, grande y útil, ni coligarnos con los que, interesadamente, nos habían calumniado. Y así, vimos dos espectáculos igualmente tristes, en aquellos años de la revolución: los leyendistas de oro, ignorantes, queriendo demostrar que España, por haber sido de esta manera, no podía ya ser de otra, y los leyendistas negros, queriendo demostrar que España no había sido sino un país de encapuchados, disciplinantes, cruz verde y oligarquía frailuna, y que, sin echar por la ventana su historia y acusarse ante el mundo de los mayores crímenes, no cabía que aspirase, entonces no se decía aún a regenerarse, pero ni a reivindicar aquella famosa «honra» alcanzada para hacer la revolución.

Llevaban la mejor parte los de la leyenda negra, cuando se presentó en la liza el justador hasta entonces desconocido, solicitando romper una lanza por España. Y lo hizo con tal ímpetu y esgrimiendo tan cortantes armas, que no hubo manera de resistir a su empuje. Si no dejó demostrado que poseyésemos grandes filósofos en la edad moderna, por lo menos borró aquella mancha de esterilidad con que nos afearon, y sacó de nuevo a luz tantas altezas in-

telectuales españolas, y defendió con tal persuasión nuestras instituciones históricas, empezando por la Inquisición misma, que la restauración, entronizada sobre los escombros de la revolución vencida, halló en él su representante intelectual.

Fué el momento de ruido en torno del nombre de aquel muchacho genialísimo, que marcó tan acentuada originalidad, en el período en que, generalmente, se imita. Marcelino, más que nadie, confesaba sus maestros: Milá y Fontanals, D. Gumersindo Laverde. Pero al hacerlo ya los había eclipsado, abriéndose su camino, tremolando su bandera. Y por otro concepto aun era Marcelino original. Traía la rehabilitación de una tendencia estética y de una escuela literaria, y de puro antiguo y castizo, su clasicismo era nuevo. Porque su clasicismo no nos retrotraía a la época un tanto adamada de los Meléndez Valdés y Moratines: era el clasicismo del siglo XVI, encendido por la filosofía platónica, y nutrido por la ciencia y del jugo fuerte de las humanidades. No puede decirse que hiciese escuela Menéndez y Pelayo, y cabe afirmar, en cambio, que sus ideas estéticas mismas sufrieron considerables modificaciones, convirtiéndose en un eclecticismo reconocido por los que proclamaban que Menéndez y Pelayo no era intransigente ya.

Al lado de ese clasicismo genuino, profesado por un solo hombre, y acaso por Valera también, más templadamente y con aleación de un realismo igualmente nacional, surgieron en España otras direcciones que dominaron en las letras; el realismo naturalista, el neoidealismo contemporáneo. Basta consignar que la actitud de Menéndez y Pelayo fué, en aquellos años, cuando publicaba *La Ciencia Española* y *Los Heterodoxos Españoles*, una de las más típicas y gallardas, y demostrativas de la raza y de su eterna energía.

Recompensado con puestos, cargos y honores; famoso aquí y en la Europa que conoce el valor de los individuos, Marcelino, huyendo de las atracciones de la sirena política, que le llamaba, se mantuvo fiel a su vocación, sumergiéndose cada día más en los estudios con ella relacionados, y produciendo esa serie de páginas, rico venero de información, algunas veces disimulado bajo el aspecto modesto de prólogos, notas y comentarios, otras formando libros nutridos, como la *Historia de las ideas estéticas*.

Y, a propósito de esto, hay que decir que la labor de Menéndez y Pelayo empieza a ser, no ahora sólo, sino ya en los últimos años, calificada de «retórica» y es preciso rechazar este concepto e hilar menos delgado porque si no nos quedaremos sin hilo y hasta sin camisa. Nadie admira tanto como yo a Menéndez Pidal y su austera labor, y lo he probado como se deben probar las convicciones, con actos; pero también era necesaria y sigue siéndolo la del autor de los *Orígenes de la novela española*. Ni la historia ni la crítica literaria, por más alta que la suponemos, serán nunca ciencias exactas, y ante el escollo de esta imposibilidad se estrellarán los que condenen las interpretaciones personales de los hechos averiguados, y hasta las adivinaciones y conjeturas. Nos hace falta todo, y si sólo se hubiese de escribir una materia cuando esa materia esté agotada en el terreno de la indagación positiva (si cabe que nunca una materia, en tal terreno, se agote) no se escribiría nada o casi nada. Se escribe con lo más que se sabe en el momento en que se escribe, y con la seguridad de que los tiempos venideros traerán nuevos descubrimientos y nuevos datos, que acaso echen por tierra lo anterior; nunca el talento de quien haya avanzado, en ese ramo, artística y científicamente. Tan verdad es esto, que Menéndez y Pelayo no cesaba nunca de corregirse, y cada edición de sus obras presenta numerosos variantes y rectificaciones. En lo cual veo una de las razones que tenemos para admirarle y respetar con sagrado respeto su trabajo, sin abdicar del derecho de examinar sus opiniones, o notar esos mínimos lunares que existen en toda obra humana. Las bellezas, las luces de la de Marcelino, son tantas, que superan a lo que yo pudiese encomiarlas aquí.

Su rica biblioteca propia, con el edificio que la encierra, ha sido legada a la ciudad de Santander, que tuvo siempre, para sus hijos, y hasta para los que, sin serlo, como Galdós, la glorificaban residiendo en su ámbito, entusiasmos y cariños que la honran. Las cláusulas del testamento de Menéndez y Pelayo, al hacer este legado, son muy acertadas, muy humanas y se inspiran en el deseo de que el caudal que allegó sirva a las generaciones venideras. Digno remate de una tarea que veneramos y de una vida que hubiésemos deseado muchos años más larga, y que pudo haberlo sido, sin ningún trastorno de las leyes naturales.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.